

LA INTERVENCIÓN DE LA URSS EN LOS PAÍSES DEL MUNDO COMUNISTA Y LA ACTUAL INTERVENCIÓN DE OCCIDENTE EN LA ANTIGUA YUGOESLAVIA

Por FERNANDO OLIVIÉ y GONZÁLEZ DE PUMARIEGA

La intervención; último instrumento para el restablecimiento de la convivencia internacional

Desde la aparición de los Estados-nación en el escenario de la Historia, la convivencia pacífica entre ellos se ha basado en dos principios fundamentales: el primero de esos principios es que todos los Estados son iguales porque todos son igualmente soberanos y el segundo principio, consecuencia lógica del primero, es que un Estado no tiene derecho a intervenir en los asuntos internos de otro.

La Carta de las Naciones Unidas, aprobada en San Francisco en junio de 1945 pone al día esta doctrina cuando dice (artículo 2, párrafo 1) que la «Organización está basada en el principio de la igualdad soberana de todos sus miembros» y cuando afirma (párrafo 7 del mismo artículo 2) que «ninguna disposición de esta Carta autorizará a las Naciones Unidas (NU) a intervenir en los asuntos que son esencialmente de la jurisdicción interna de los Estados...».

Ahora bien, toda regla general tiene su excepción y es evidente que la igualdad entre los distintos Estados es más teórica que práctica. La Comunidad Internacional de Naciones ha aceptado que, a lo largo de la historia del mundo civilizado, unos países más ricos y más poderosos que los demás asuman una mayor responsabilidad en el establecimiento y en el

mantenimiento del orden internacional del momento que les ha tocado vivir.

La propia Carta de las Naciones Unidas, adoptada para regular la vida del mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial, reconoce incluso que hay cinco potencias: los cinco grandes, (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, la Unión Soviética, sustituida hoy en día por Rusia y la República China) que gozan de una representación permanente en el Consejo de Seguridad, órgano supremo de dichas NU y que cada una de ellas dispone de un derecho de voto frente a aquellas decisiones del citado Consejo de Seguridad que estimen no convienen a sus particulares intereses. Por debajo de estos cinco grandes, los demás Estados, jurídicamente hablando, son iguales.

Del mismo modo que el principio de la igualdad de todos los Estados soberanos admite excepciones también las admite el principio de la no intervención de uno o varios Estados en los asuntos internos de otro. La propia Carta de las Naciones Unidas establece la necesidad de intervenir cuando se pueda ver en peligro la paz y encomienda al Consejo de Seguridad la tarea de investigar si dicha paz peligra y la de adoptar las medidas para conjurar ese peligro. (Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas).

Pero ello no quiere decir que la Comunidad Internacional de Naciones haya admitido ahora —o en el pasado— la existencia de un derecho a la intervención que sería contrario al principio de la no intervención. Nadie tiene derecho a intervenir en los asuntos ajenos, pero todos los Estados sí tienen, en cambio, el derecho a gozar de una paz que, a veces, sólo puede preservarse interviniendo. La intervención viene a ser, pues, un medio, un instrumento para preservar la paz y la convivencia internacionales. Cuando la paz se ve alterada y los medios puramente diplomáticos para mantenerla han dejado de producir efecto, se puede intervenir, se debe intervenir e incluso se puede estar obligado a intervenir si la Comunidad Internacional de Naciones o una parte de ella así lo dispone.

Sentada esta permisa, aceptado el hecho de que toda intervención para que sea legítima debe tener como fin último el restablecimiento de la pacífica convivencia entre las naciones o entre un grupo determinado de éstas, conviene encontrar una respuesta adecuada a una serie de interrogantes que toda intervención plantea. ¿Cómo puede apreciarse que una ruptura de la paz internacional es de envergadura suficiente como para que la Comunidad de Naciones se considere obligada a intervenir donde tal ruptura se ha producido por estimar que esa intervención es el único medio

de restablecer la pacífica convivencia entre los Estados? ¿Quiénes o quién decide esa intervención? ¿Cómo y por quiénes debe llevarse a cabo? La contestación a estas preguntas nos permitirá elaborar lo que podríamos llamar «la doctrina de la intervención como instrumento para el restablecimiento de la paz» y la contestación la hallaremos más fácilmente si examinamos varios casos de intervenciones que se han dado en el más reciente pasado. Intervenciones que han cumplido el fin que se perseguía con las mismas e intervenciones que no lo han cumplido.

Las intervenciones realizadas por la URSS en los países del bloque de Varsovia después de la Segunda Guerra Mundial son un buen ejemplo de actividades políticas que consiguieron lo que se pretendía al realizarlas. Los resultados de la intervención de Occidente en Yugoslavia, que se está llevando a cabo en estos momentos, son todavía una incógnita. Al estudio de ambos casos vamos a dedicar este ensayo.

Intervenciones de la URSS en los países comunistas

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) intervino por sí sola en los asuntos internos de Hungría en octubre de 1956 e intervino en Checoslovaquia en julio de 1968, en unión de otros cuatro países miembros del Pacto de Varsovia (Polonia, la República Democrática Alemana, Hungría y Bulgaria).

Las intervenciones en Hungría y Checoslovaquia responden a las mismas motivaciones políticas. El rasgo común de las dos es que con ellas se buscó evitar que el ordenamiento internacional impuesto por la URSS —con la anuencia o la tolerancia de las potencias democráticas— a los países de Europa Central y Oriental se pudiera ver alterado por alguno de los países de esa parte de Europa.

Tratar de romper con dicho ordenamiento como pretendieron los húngaros era, naturalmente, la mayor alteración del mismo que se podía llevar a cabo y eso no era admisible. Como tampoco era aceptable que uno de los países miembros del mundo comunista se arrogara el derecho de interpretar por su cuenta —como lo intentó Checoslovaquia— la forma de aplicar el comunismo en su propio territorio.

Antes de analizar ambas intervenciones, veamos primero en lo que consistía ese ordenamiento político-económico que dichas intervenciones restauraron.

El ordenamiento marxista-leninista en Europa Central y Oriental

¿Cómo era ese ordenamiento político-económico que Hungría y Checoslovaquia pusieron en peligro en 1956 y en 1968? Como es sabido, la Segunda Guerra Mundial se saldó en Europa con el establecimiento de dos ordenamientos político-económicos rivales que dividieron al continente en dos compartimentos estancos que coexistían en un peligroso equilibrio de poderes.

En el lado occidental se encontraban los países democráticos, que recibieron la ayuda norteamericana del Plan Marshall y que colaboraban económicamente dentro de la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE) primero y de la Organización Económica para la Cooperación y el Desarrollo (OCDE) después. La mayor parte de esos países pasarían en mayo de 1948 a integrarse en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) para defenderse colectivamente de la amenaza que entrañaba el sistema político creado al mismo tiempo en el centro y este de Europa.

El núcleo central de este último lo constituía la URSS en torno a la cual se agrupaban aquellos países que habían sido liberados de los alemanes por el Ejército Rojo. Los gobiernos de esos países estaban en manos de partidos comunistas cuyos dirigentes se habían formado en Moscú, habían regresado a sus naciones de origen en los furgones del Ejército soviético y con el apoyo de dicho Ejército habían conquistado el poder para establecer regímenes marxista-leninistas calcados del de la propia Unión Soviética.

La homogeneidad política de los distintos gobiernos, la común formación en el seno de la extinta Komintern y de la Kominform de sus cuadros de mando y la identidad de objetivos de toda una clase política que se sentía única y solidaria por encima de las fronteras nacionales, dieron, desde un principio, especial cohesión a un ordenamiento que agrupaba en su seno a países que, aunque eran vecinos, llevaban siglos sin entenderse. El organismo económico, el Consejo de Ayuda Mutua Económica (COMECON), que unió a los mismos y el organismo militar, el Pacto de Varsovia, que organizó su seguridad colectiva, contribuyeron igualmente a asegurar la lealtad de los unos para con los otros y de todos ellos para con la URSS.

Los lazos ideológicos que unieron a los gobiernos y los económicos y militares que unieron a los Estados constituyan el entramado de una convi-

vencia internacional que dejaba poco margen de maniobra a los Estados que la compartían. En su política exterior, esos Estados hacían lo que Moscú ordenaba. En sus políticas domésticas su libertad de acción era limitadísima.

Con la muerte de Stalin en 1953, este bloque, aparentemente monolítico, del que había logrado escapar tan sólo el comunismo titista de Yugoslavia, empezó a resquebrajarse por motivos fundamentalmente económicos. Al repasar la Historia es curioso comprobar que los régimenes o sistemas políticos, y a veces los propios Estados se vienen abajo cuando sufren una humillación a manos de otros Estados.

El segundo Imperio francés pereció en Sedán y la Tercera República francesa ante la invasión alemana de 1940. Annual acabó en España con la monarquía parlamentaria restaurada por Cánovas del Castillo. Pero esos grandes desastres afortunadamente se dan muy de tarde en tarde. En cambio, la ineptitud o el error en la formulación y aplicación de una política económica abunda mucho más y sus consecuencias negativas para la sociedad que las sufre se suelen traducir simplemente en cambios de gobierno que no ponen en peligro la estabilidad del régimen dentro del que funciona el Gobierno cambiado y el que le sustituye.

Pero cuando la rigidez del sistema político imperante hace imposible o muy difícil ese cambio de Gobierno, ese cambio de política económica que se hace necesario, la sociedad termina apelando a la protesta o a la revuelta para liberarse de la clase política a la que hace responsable de sus desdichas.

Esto es lo que ocurrió, como norma general, en los países del bloque comunista, donde la rigidez política fue tal que una subida del precio del pan o de la carne tuvieron en los países de dicho bloque los mismos efectos que un Sedán en Francia o un Annual en España.

La estatalización de la economía, la industrialización artificial de la agricultura impuestas por la fuerza por unos gobernantes comunistas que creían que su deber era imitar a Stalin, habían dado lugar, en una Europa Central y Oriental devastada por la Segunda Guerra Mundial, a una situación de penuria económica que hizo rebelarse a la clase trabajadora en cuyo nombre teóricamente se gobernaba.

Los primeros que protestaron de las condiciones económicas que les imponía el marxismo-leninismo fueron los obreros de la República Democrática Alemana. Ésta se había creado en octubre de 1949 y en junio de

1953, dos meses después de la muerte de Stalin, los obreros de Berlín Oriental y de otras 250 ciudades de la Alemania del Este se manifestaron contra unas condiciones de trabajo y unas normas de productividad draconianas implantadas por el Partido Socialista Unificado (comunista) que regía los destinos del país.

Los tanques del Ejército soviético que ocupaban la Alemania Oriental aplastaron la revuelta y el Partido Comunista cambió de política económica para dar satisfacción a los obreros.

No se puede considerar esta actuación de las Fuerzas Armadas de la URSS como una intervención propiamente dicha de un Estado —el soviético— en los asuntos de otro —el germano oriental— porque la República Democrática Alemana era, en 1953, un país vencido en una guerra mundial y ocupado todavía por el vencedor. Sólo en 1955 al incorporarse al Pacto de Varsovia, la República Democrática Alemana pasaría de ser un territorio ocupado por la URSS a ser, al menos teóricamente, un aliado de esta última.

La intervención en Hungría

Los motivos económicos que originaron la revuelta de Berlín de 1953 se repitieron en 1956 en Hungría, donde enseguida adquirieron connotaciones políticas.

La orientación económica que había dado al Estado húngaro el dirigente comunista Rakosi y su acólito Gerö, que eran dos estalinistas convencidos, chocó de frente con una clase obrera que se sintió explotada y que en octubre de 1956 se manifestó en Budapest para celebrar el ascenso al poder en Polonia del nacional-comunista Gomulka.

Wladislaw Gomulka, un comunista polaco de la primera hora, había salido de la cárcel donde le habían metido los esbirros polacos de Stalin para hacerse cargo de la Secretaría del Partido Comunista polaco, con la intención declarada de acabar con el estalinismo —no con el comunismo— en su propio país y este acontecimiento había conmovido a todos los satélites de la URSS y a ésta misma.

Los dirigentes comunistas rusos sólo vieron en el triunfo de Gomulka en Polonia y en las manifestaciones de Budapest una extensión del titismo yugoeslavo a los países del Pacto de Varsovia. Por su parte, los dirigentes comunistas más jóvenes de estos últimos países creyeron llegada la hora de acomodar las teorías marxistas-leninistas a las condiciones específicas

de cada nación, sin romper por ello con el ordenamiento al que todos pertenecían.

Cuando los obreros húngaros se manifestaron en Budapest, en octubre del 1956, no pretendían sustituir el régimen comunista imperante por uno democrático. Pretendían exteriorizar su repulsa hacia una política económica que les había convertido en esclavos de un Estado administrado por un partido y por unas Fuerzas de Seguridad que se les habían hecho odiosos.

No es extraño que ese partido y esas Fuerzas de Seguridad vieran en esas manifestaciones un peligro para su supervivencia. La policía asustada perdió la cabeza y disparó contra los manifestantes convirtiendo de ese modo una protesta pacífica en una verdadera revolución nacional, anticomunista y antisoviética.

Los centros del Partido y las Comisarías de Policía fueron ocupados y des trozados por los manifestantes y los miembros de la seguridad y de la milicia que no escaparon a tiempo fueron linchados. Un dirigente del Partido Comunista, Inmre Nagy, un nacional-comunista con ideas muy parecidas a las del polaco Gomulka, fue llevado al poder y el 31 de octubre decretó la neutralidad de Hungría y la salida del país del Pacto de Varsovia.

La URSS, que había seguido los acontecimientos con gran preocupación y que estaba presionando a los dirigentes del Partido Comunista húngaro para que acabaran cuanto antes con la revuelta «antisocialista y contrarrevolucionaria», no pudo tolerar que fuera un sector del propio Partido Comunista, bajo la dirección de Nagy, el que se pusiera al frente de la revolución húngara. En consecuencia, el 4 de noviembre fuerzas militares soviéticas invadieron Hungría y aplastaron la revuelta. Una fracción importante del Ejército Popular húngaro, organizado por los soviéticos, quiso resistir la invasión de estos últimos y fue arrollado. Nagy y sus más inmediatos colaboradores se refugiaron en la Embajada de Yugoslavia en Budapest y Janos Kadar se hizo cargo de la Secretaría del Partido Comunista húngaro, sancionando desde ese puesto la invasión soviética, que se convirtió así en una intervención en ayuda de los «camaradas comunistas húngaros para hacer frente junto a ellos a los elementos contrarrevolucionarios al servicio de Occidente».

Como se recordará, Gran Bretaña y Francia, los países más importantes del Occidente europeo, de ese Occidente que según Moscú había inspirado la revuelta húngara, estaban tratando en esos momentos de invadir

Egipto para anular la nacionalización del canal de Suez decretada por Nasser. Esta invasión franco-británica del Canal, a la que se opuso Estados Unidos y la propia URSS, contribuyó a dejar a Moscú manos libres para aplastar la sublevación húngara. De todos modos, con invasión del Canal o sin ella, no cabe duda que la intervención soviética se hubiera producido, pues la URSS no podía tolerar que el sistema marxista-leninista de la Europa Oriental de entonces, tan penosamente edificado, fuera puesto en peligro por la torpeza o mala voluntad de una clase política húngara que se lo debía todo a Moscú.

Conviene recordar que el embajador de la URSS en Budapest en aquellos momentos era Andropov, hombre de el KGB que más tarde dirigiría a esta Organización y que terminaría siendo primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética unos meses antes de su fallecimiento.

Las dificultades —las hubo y graves— que produjo a la URSS su intervención en Hungría provinieron más de su propio bando que del bloque occidental. Moscú pudo contemplar inquieto cómo el Partido y el Ejército húngaro, cuya lealtad a la común ideología marxista-leninista se daba por descontada, se dividían. Pudo observar también como entre los demás países satélites su intervención en Hungría no fue acogida por las opiniones públicas locales con el entusiasmo que se esperaba y creyó ver la mano de Tito tras las manifestaciones de nacional-comunismo que habían empezado a hacer su aparición en los distintos países del Pacto de Varsovia, en los años que siguieron a la muerte de Stalin.

El entonces embajador de Yugoslavia en Budapest ha contado las dificultades que tuvo el Gobierno de Belgrado cuando Nagy y sus colaboradores buscaron refugio en la Embajada yugoslava. La presión rusa para que se les entregara a los «traidores» húngaros fue continua. Al final, Nagy y su gente fueron enviados por los yugoslavos a Rumania y desde allí entregados a los rusos por los rumanos, bajo promesa de que sus vidas serían respetadas. Moscú olvidó esa promesa y en 1958, dos años después de las revueltas, Nagy y sus íntimos fueron ejecutados. Entre esos últimos figuraba el general Maleter, que parece que era un antiguo brigadista de la guerra de España y que tenía entonces el empleo de general en el Ejército Popular húngaro.

El actual régimen democrático de Hungría ha recuperado los cadáveres de Nagy y de sus colaboradores y les ha dado sepultura con todos los honores en el cementerio en el que reposan los restos de los demás héroes nacionales.

La intervención en Checoslovaquia

En abril de 1968, al comienzo de la primavera, (lo que luego se llamó la Primavera de Praga) el eslovaco Aleksandr Dubcek, que había sido nombrado primer secretario del Partido Comunista checoslovaco, hizo público un programa de gobierno que tenía por objeto dulcificar el régimen, reformar su economía y establecer en el país un «socialismo con rostro humano».

La actitud de Dubcek constituyó un verdadero desafío para la URSS pues días antes, el 23 de marzo de 1968, los dirigentes comunistas de la Unión Soviética, la República Democrática Alemana, Bulgaria y Hungría se habían reunido con el propio Dubcek en Dresde y le habían pedido que se deshiciera de los elementos liberales del Partido Comunista checoslovaco que le rodeaban y que eran los que le habían llevado al poder.

Dubcek hizo caso omiso de esas advertencias y de las presiones de que fue objeto a partir de ese momento. Esas presiones fueron muchas y cada vez más acuciantes. El Pacto de Varsovia, en una reunión celebrada en la capital de Polonia, condenó la nueva política checoslovaca. En julio, en la ciudad checa de Cierna, una delegación del PCUS presidida por Bréznev trató de convencer a una delegación del Partido Comunista checoslovaco presidida por Dubcek de que debía abandonar la política de reformas económicas y políticas emprendida en abril. El 3 de agosto, en Bratislava a los comunistas rusos se unieron los alemanes del Este, los polacos, los húngaros y los búlgaros y durante cuatro días trataron de convencer a los checos del error que estaban cometiendo al intentar reformar por su cuenta y en solitario el ordenamiento político común anclado en la identidad ideológica marxista-leninista, en el COMECON y en el Pacto de Varsovia.

Cuando se vio que estas presiones y que estas advertencias no producían efecto alguno, tropas de la URSS, Alemania Oriental, Polonia, Hungría y Bulgaria invadieron Checoslovaquia. Los dirigentes reformistas checoslovacos fueron apartados del poder y un neoestalinista, Gustav Husak, sancionó la presencia de las tropas del Pacto de Varsovia en su país y gobernó a Checoslovaquia con puño de hierro hasta que Gorbachov asumió el poder en Moscú e inició su política de reformas tanto en la URSS como en los demás países del bloque del Este.

La intervención de la URSS en Checoslovaquia ya no fue, como en Hungría, una intervención exclusivamente soviética. Moscú tuvo buen cuidado

de asociar a su aventura a los países del Pacto de Varsovia para que con sus tropas respaldaran políticamente la citada intervención. Dos de ellos, Rumania y Albania, se negaron a tomar parte en la invasión militar y el 13 de septiembre de 1968 Albania abandonaba el Pacto de Varsovia y rebajaba el nivel de sus relaciones diplomáticas en los países de dicho Pacto, la URSS incluida, retirando a sus embajadores y dejando al frente de sus representaciones a simples encargados de negocios.

Separada del territorio del Pacto de Varsovia por una Yugoeslavia con la que había roto en 1949, Albania, gracias a su situación geográfica, se salvó de un castigo cierto que no hubiera dejado de sufrir a manos de sus antiguos aliados si hubieran podido aplicárselo.

Entre los satélites de la URSS, la intervención en Checoeslovaquia tampoco produjo excesivo entusiasmo. Los autores de toda intervención en último término son los soldados y en todo país, incluso si se trata de un país comunista, la institución que se identifica más estrechamente con la esencia del ser nacional es la constituida por las Fuerzas Armadas. Muchos de los militares del Pacto de Varsovia que entraron en Checoeslovaquia en 1968 debieron pensar que algo similar podría ocurrir algún día en sus propias naciones. El autor de este ensayo ha tenido oportunidad de conocer años más tarde al jefe de la división polaca que entró en Checoeslovaquia en agosto de 1968 y de conocer también a algunos de los oficiales de dicha división y ha podido saber que los mandos de la misma pidieron a los oficiales del Ejército checo que se encerraran en sus cuarteles y que no intervinieran en un pleito entre partidos comunistas para salvaguardar su unidad como militares. Pensaban los polacos que si los militares checoslovacos se mantenían al margen, se evitaría un baño de sangre similar al producido en Hungría en 1956. La división polaca no causó más víctima checa que la de un niño que fue arrollado por un tanque polaco sin culpa alguna de los conductores de dicho tanque.

Años más tarde, en diciembre de 1981, el Pacto de Varsovia estuvo a punto de intervenir nuevamente, esta vez en Polonia, para aplastar el movimiento de Solidaridad que había nacido al soporte de las huelgas de los trabajadores de los astilleros de Gdansk. En esta ocasión, los rusos no quisieron tampoco marchar a solas y se previó que tropas del Pacto de Varsovia, incluidas las de Alemania Oriental, ocuparan el país. El general Jaruzelski evitó la intervención implantando una dictadura militar que como primera providencia internó a los dirigentes de Solidaridad y a 32 miembros del Comité Central del Partido Comunista. Esta acción de las Fuerzas

Armadas polacas, actuando al margen del Partido y sobre el Partido, aunque invocando siempre al Partido, acabó, a corto plazo y temporalmente, con las actividades de Solidaridad pero, a la larga, acabó también con el propio Partido Comunista polaco, que no se recuperó nunca de lo que los teóricos del marxismo-leninismo consideraron como una manifestación de «bonapartismo».

El ejemplo de lo ocurrido con Dubcek y, posiblemente, la idea de que la entrada en Polonia de tropas germano-orientales pudiera acarrear una ulterior rectificación de fronteras, debió estar muy presente en el ánimo de los militares polacos. Sino, no se hubieran atrevido a asumir el poder. No se olvide que el «bonapartismo» era el mayor pecado político que se podía cometer en un régimen marxista-leninista y que la simple sospecha de «bonapartismo» le había costado la vida a la mayor parte del generalato del Ejército Rojo, justo antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

La Comunidad de Estados Independientes (CEI).

La doctrina Bréznev

Como es sabido, después del fallido golpe de agosto de 1991 la URSS se desintegró y las 15 repúblicas que la constituían se declararon independientes. Sin embargo el sábado 7 y domingo 8 de diciembre de 1991, los dirigentes de Rusia (la Gran Rusia), Ucrania (la pequeña Rusia) y Bielorrusia (la Rusia blanca), —es decir los tres núcleos constituyentes del viejo Imperio de los zares— reunidos en Brest (Bielorrusia) crearon la CEI a la que se adhirieron inmediatamente las 5 Repúblicas del Asia Central de población islámica y más tarde el resto de las antiguas Repúblicas Soviéticas, salvo las tres bálticas de Estonia, Letonia y Lituania.

La CEI está constituida en estos momentos por 12 repúblicas ligadas entre sí por pactos militares y económicos. Es indudable que entre todas ellas la más importante, militar y económicamente hablando, es la República Rusa. Fueras de Rusia, en las otras 11 Repúblicas de la CEI y en las 3 repúblicas bálticas residen cerca de 30.000.000 de rusos que Moscú está decidido a proteger. En estos momentos Rusia mantiene tropas propias estacionadas en todas las repúblicas de la extinta Unión Soviética, salvo en Lituania, Estonia y Azerbaiyán. Esas tropas rusas son las que garantizan la seguridad de las poblaciones rusas que habitan fuera de las actuales fronteras de Rusia.

Ningún gobierno extranjero —aunque sí políticos extranjeros como Kissinger y Brzezinski— ha querido poner en entredicho esta situación ni ha que-

rido poner en duda la preeminencia rusa en el conjunto de los territorios que formaron parte del Imperio zarista y de la Unión Soviética. Por su parte, el propio Gobierno de Moscú ve esta realidad como un fenómeno perfectamente natural y ha pedido que las NU consideren que las tropas rusas que están actuando en países de la CEI amenazados por revueltas internas como Georgia o externas como Tayikistán, son fuerzas al servicio de la paz internacional.

Incluso Moscú ha dicho en varias ocasiones que los gastos en que incurren estas fuerzas rusas que actúan fuera de Rusia deberían ser financiadas por las NU. La actual actividad rusa en los diversos países de la CEI —actividad que se traduce en una intervención permanente económica, política e incluso militar— responde a la necesidad de mantener la paz en una zona del globo donde la potencia rusa es la principal responsable del ordenamiento político-económico poscomunista. Rusia ha asumido en la CEI la responsabilidad que la URSS tuvo en la era del Pacto de Varsovia hasta la caída del muro de Berlín.

La única diferencia entre la actual hegemonía rusa dentro del círculo de la CEI y la pasada hegemonía soviética en los países miembros del Pacto de Varsovia, es que en esta última no sólo estaban ligados entre sí los distintos Estados, tanto militar como económicamente, sino también los gobiernos por estar todos ellos obligados a compartir una misma ideología marxista-leninista.

Esta vinculación ideológica, que no se da en la actual CEI, limitaba aún más la soberanía de los países miembros del antiguo bloque soviético y una desviación de la doctrina política por parte de uno de ellos era considerada como asunto mucho más grave que el incumplimiento de un acuerdo comercial, para poner este ejemplo. Tan grave podía ser el desviacionismo político que era causa automática de intervención por parte de los otros miembros del bloque soviético. A la intervención basada en esta causa, Occidente le dio el nombre de doctrina Bréznev.

La intervención actual de Occidente en la ex Yugoeslavia

Desde finales de 1991, y sobre todo desde que a instancias de Alemania y de la Santa Sede, la Comunidad Europea decidió aceptar la desintegración de la República Socialista Federativa de Yugoeslavia, Occidente primero (es decir la Unión Europea y Estados Unidos) y Rusia (unida a dicho Occidente) después están llevando a cabo en la que fue la Yugoeslavia de

Tito una verdadera y permanente intervención, invocando para realizarla distintos motivos (poner paz entre croatas y serbios, prestar ayuda humanitaria a los bosnios, considerar a los serbios como agresores y castigarles luego con un embargo económico, etc...). Sólo el análisis de dicha intervención nos permitirá entenderla, juzgarla y reflexionar sobre sus posibles resultados.

Los orígenes y constitución de la República Socialista Federativa de Yugoslavia

Entre los siglos v y vii, los pueblos eslavos, que habían seguido a los germanos en su marcha desde las estepas de Asia al oeste de Europa, se establecieron en la parte oriental de nuestro continente entre el Báltico y el mar Negro. En el siglo xi el pueblo húngaro, que siguió a los eslavos en su peregrinar hacia el Oeste se estableció en la llanura danubiana y dividió a los eslavos en eslavos del Norte y eslavos del Sur, como todavía siguen divididos. Desde el siglo xv hasta los primeros años del xx, los eslavos del Sur estuvieron dominados por los Imperios austro-húngaro y otomano. Los que vivieron bajo la influencia de Viena y de Budapest, es decir los eslovenos y los croatas son de religión católica y escriben el esloveno y el croata con caracteres latinos. Los serbios, macedonios y montenegrinos, que vivieron sometidos al Imperio turco, son de religión cismática ortodoxa y escriben su idioma, que es prácticamente el mismo que el croata, con caracteres cirílicos.

Durante la Primera Guerra Mundial los eslovenos y los croatas, que eran súbditos del Imperio austro-húngaro, lucharon de mejor o peor grado en las filas del Ejército de este Imperio y junto a los búlgaros, alemanes y turcos, formaron, al terminar la contienda, en las filas de los derrotados. Los serbios, en cambio, fueron fieles aliados de franceses e ingleses y tanto el viejo y enfermo rey de Serbia, Pedro I, como su hijo Alejandro que luego fue el rey Alejandro I, fueron considerados como héroes por las opiniones públicas y los gobiernos de las democracias occidentales. Ya antes de terminar la contienda mundial se decidió por Londres y París que al llegar la paz, Eslovenia y Croacia serían separadas del Imperio austro-húngaro y cedidas a Serbia en compensación de los sacrificios realizados por este último país y para unir bajo un solo Estado a los eslavos del Sur: a los yugoeslavos.

En consecuencia, el 1 de diciembre de 1918, el príncipe regente de Serbia, Alejandro (su padre Pedro I estaba ya muy enfermo), promulgó un

decreto creando el Reino de los serbios, croatas y eslovenos. Las potencias occidentales reconocieron al nuevo Estado al que cedieron la Macedonia ocupada durante la guerra por los búlgaros, la Voivodina, arrancada a los húngaros y el Reino de Montenegro. La Serbia ortodoxa, más poblada, con resabios y costumbres que databan de la dominación turca y menos civilizada, ejerció desde un principio su hegemonía sobre los croatas y los eslovenos, católicos y gente de mentalidad occidental, haciendo difícil la convivencia entre los tres pueblos.

Tan difícil que el 6 de enero de 1929 el rey Alejandro I (su padre había muerto en 1921) abolió la Constitución, disolvió el Parlamento y el 3 de octubre de 1929 le cambió el nombre al país llamándole Reino de Yugoslavia.

A partir de este momento y hasta su asesinato en Marsella, en 1934, cuando iniciaba un viaje oficial a Francia, el Rey gobernó el país personalmente: como un dictador. Su asesino fue un terrorista croata o al servicio de los croatas.

De 1934 a 1941, el príncipe Pablo, primo hermano de Alejandro I y tío del rey niño, Pedro II, asumió la Jefatura del Estado en calidad de regente e intentó reconciliar a serbios y croatas otorgando a estos últimos un Estatuto de Autonomía y creando el Banato de Croacia. Pero la Segunda Guerra Mundial interrumpió este proceso autonómico. En 1941 los alemanes invadieron Yugoslavia y el rey Pedro se refugió en Londres donde se formó un Gobierno yugoeslavo en el exilio. Por su parte Alemania e Italia dividieron el país. La Voivodina fue cedida a Hungría, Eslovenia fue anexionada a la Gran Alemania (la costa del Adriático pasó a manos italianas). Croacia fue declarada independiente. Macedonia fue repartida entre Albania y Bulgaria. Kosovo fue unido a Albania cuyo Rey era el Rey de Italia. Montenegro fue declarado independiente bajo protectorado italiano y una Serbia muy reducida fue declarada independiente bajo protectorado alemán.

Esta división del país bajo la ocupación italo-alemana fue, en gran medida, causa de las diferentes guerras que lo asolaron desde 1941 hasta 1945. En Serbia, los resistentes monárquicos al mando de un coronel del Ejército Real yugoeslavo, Mihailovic, que obedecía al Gobierno exiliado en Londres, lucharon contra los croatas y contra los alemanes aunque al final acabaron colaborando con estos últimos. El Gobierno croata, independiente y aliado del Eje, bajo el dirigente *ustashi* Ante Pavelic, quiso ensanchar sus fronteras a costa de Serbia y de Bosnia-Herzegovina y combatió

a los serbios ortodoxos y a los bosnios musulmanes cometiendo contra ambos verdaderas tropelías. Los albaneses lucharon contra los italianos y Josip Broz-Tito, el secretario del Partido Comunista de Yugoeslavia, que era un croata de madre eslovena, organizó la resistencia partisana contra las potencias del Eje y terminó imponiéndose a los distintos colaboracionistas y a los otros núcleos de resistentes. El 26 de noviembre de 1942 en la ciudad bosnia de Jajce reunió el Consejo Antifascista de Liberación Nacional de Yugoeslavia (AVNOJ) y allí Tito sentó las bases de la futura República Socialista Federativa de Yugoeslavia que se dio una primera Constitución en noviembre de 1945, una segunda en enero de 1953 y la última en 1974.

En 1977, cuando el autor de este trabajo presentó sus Cartas Credenciales como el primer embajador de España en Yugoeslavia, la Constitución de 1974 llevaba ya tres años funcionando y para el espectador *in situ* era evidente que el mariscal Tito, había pretendido con dicha Carta Magna evitar los errores que había cometido el rey Alejandro I, al crear algo tan artificial como era el Reino de los serbios, croatas y eslovenos.

El rey Alejandro, serbio hasta la médula y cristiano ortodoxo, había tratado de anclar el país en torno a su mayoría serbia.

Tito, por el contrario, construyó la Yugoeslavia republicana, socialista y federal basándose en dos principios. El primero de ellos fue que Serbia era una Estado como los otros y no el más importante de la Federación, para lo cual trazó unas fronteras interiores que dejaron a muchos serbios dentro de otras repúblicas yugoeslavas, como Croacia y Bosnia-Herzegovina y convirtió a Voivodina, donde vivía una importante minoría magiar y a Kosovo, donde los albaneses superaban a los serbios, (hoy en día los serbios son sólo el 8% de la población de Kosovo) en provincias autónomas de la República Serbia, separándolas así del control directo de Belgrado.

Es decir, rebajó el poder serbio al nivel de los poderes de las otras repúblicas para igualarlas a todas, lo cual no dejó de ser una operación artificial pues, con 8.500.000 de personas, los serbios son el pueblo más numeroso de entre los eslavos del Sur. Los croatas son 4.500.000, los musulmanes 2.000.000 y los eslovenos 1.700.000. Hizo además, de Bosnia-Herzegovina y de Macedonia, dos repúblicas, dos Estados nuevos (Estados miembros de la Federación yugoeslava, pero al fin y al cabo Estados) cosa que no habían sido nunca.

A esta igualdad política y administrativa, impuesta artificialmente a todos los miembros constituyentes de la Federación, se unió la proclamación de una igualdad política y jurídica, ya más lógica, de todos los pueblos yugoeslavos, dándose por supuesto, además, que el marxismo que inspiraba al régimen al crear un hombre nuevo había eliminado las diferencias históricas entre dichos pueblos yugoeslavos.

El segundo principio del régimen de Tito era, en cierto modo, una consecuencia del primero. Siendo todos iguales, tanto los Estados como los pueblos, todos tenían derecho a gobernarse y a gobernar además el conjunto, y para que este último derecho pudiera ejercerse pacíficamente, nada mejor que imitar el ejemplo suizo y establecer una rotación automática en el desempeño de los altos cargos del Estado Federal y de las repúblicas constituyentes, empezando por la Jefatura del Estado, que era colegiada (la componían representantes de las 6 repúblicas elegidos por seis años) y cuya Presidencia se renovaba todos los años el 15 de mayo, de modo y manera que todos los representantes de las distintas repúblicas fueran, durante un año, presidentes de Yugoslavia.

Al construir este complejo edificio político, (que Tito pensó, en un principio, que podía extenderse a todos los Balcanes, lo que le enfrentó con Stalin), el mariscal vino a crear un ordenamiento quasi-internacional en el que cohabitaban todas las repúblicas (seis) y todas las provincias (dos) de la Federación y que además formaba parte de otro ordenamiento internacional superior, inspirado también por Tito: el de los Estados No Alineados; es decir, el ordenamiento en el que cohabitaban aquellos Estados que querían mantenerse neutrales entre Estados Unidos y la URSS y que para preservar y dar más fuerza a esa neutralidad se aliaban entre ellos.

Cuando Tito propuso esta alianza a Nerhu, el político indio se mostró muy escéptico y parece que le dijo al mariscal que cuando estudió matemáticas en Oxford había aprendido que «cero más cero era igual a cero», aludiendo así a la poca entidad internacional de los países que Tito quería integrar en ese grupo de Neutrales y No Alineados.

Sin embargo, al final aceptó la idea del dirigente yugoeslavo y los países Neutrales y No Alineados constituyeron un bloque al margen —teóricamente al margen— de la pugna entre los países de la OTAN y los del Pacto de Varsovia, hasta que la caída del muro de Berlín dejó sin razón de ser la neutralidad y el no alineamiento.

La obra del mariscal Tito, que dio a Yugoslavia 30 años de paz y de prosperidad pero que adolecía de un grado de artificialidad similar al de la Yugoslavia monárquica de los Karageorgevic, empezó a resquebrajarse a los pocos meses de la muerte del mariscal, en mayo de 1980, hasta desintegrarse diez años mas tarde.

Cuando llegó el momento de esa desintegración, la Comunidad Internacional de Naciones, en vez de contribuir a su supervivencia, ayudando a todos los eslavos del Sur (los 8.500.000 de serbios, los 4.500.000 de croatas, los 2.000.000 de musulmanes y el 1.700.000 de eslovenos) a encontrar nuevas fórmulas de convivencia, dio el visto bueno a la total desintegración de la obra de Tito, que se vino abajo entre guerras civiles y matanzas como se había venido abajo la obra del rey Alejandro I entre los cañonazos de la Segunda Guerra Mundial.

*El proceso desintegrador de Yugoslavia.
¿Por qué se desintegró Yugoslavia?*

La desaparición de un Estado nunca es fruto de una sola causa. Sin embargo, no es aventurado afirmar que a la destrucción del Estado creado por Tito contribuyó prioritariamente la excesiva autonomía político-económica que concedió a las distintas repúblicas y provincias de la Federación, la Constitución de 21 de febrero de 1974. Esta autonomía desaforada, que se concretó en ocho gobiernos, ocho parlamentos, ocho administraciones y ocho presupuestos coexistentes con el presupuesto federal, se convirtió en una sobrecarga económica para un país que nunca había sido rico y alimentó, además, la insolidaridad entre las repúblicas y las provincias hasta el punto de que el mercado único nacional se parceló e hicieron su aparición en escena diferentes políticas económicas. El PIB del año 1973, el año anterior a la proclamación de la última Constitución, fue seis puntos más alto que el PIB del año 1979, cuando la Constitución llevaba ya cinco años de vida.

La cada vez mayor debilidad del Estado Federal, le impidió poner orden —orden económico sobre todo— en las distintas repúblicas, algunas de las cuales, como la de Bosnia-Herzegovina, se convirtieron en verdaderos modelos de corrupción.

La crisis económica se acentuó al iniciarse la década de los ochenta y con las vacas flacas empezaron a salir a flote de nuevo todos los factores disgregadores que han estado siempre presentes en la historia de los eslavos del Sur: la vieja enemistad entre católicos croatas y ortodoxos serbios,

el desprecio de ambos pueblos a los musulmanes bosnios descendientes de serbios y croatas convertidos al islam para no pagar impuestos al Imperio turco, la sensación de sentirse oprimidos que alimentaban los albaneses de Kosovo frente a sus dirigentes serbios de Belgrado, el egoísmo particularista de los eslovenos que habían manejado siempre la economía de la Federación y que cuando ésta entró en crisis se desentendieron de ella; y sobre todo, el sentimiento alimentado por unos serbios todopoderosos antes de la Segunda Guerra Mundial, de haber sido los grandes perdedores del régimen titista, que no quiso tener en cuenta que eran la mayoría del país.

Este sentimiento serbio tuvo su expresión pública en un documento redactado en 1986 por la Academia de las Ciencias y las Artes de Belgrado que es prácticamente un «certificado de defunción» de la Federación y yugoeslava desde el punto de vista económico. «Se han creado ocho espacios económicos con economías nacionales y una base ideológica. El mercado unido yugoeslavo se ha roto, etc.» decía, entre otras muchas cosas ese documento. Esas bases ideológicas a las que se refiere el documento en cuestión ya no eran las de tiempos de Tito.

Para los serbios, lo importante, ideológicamente hablando, era salvar su unidad como pueblo serbio a la hora de la disgregación del país que se avecinaba; y esta ideología tuvo dos padres, que se llaman respectivamente Dobrica Cosic y Slobodan Milosevic. Cosic es uno de los más importantes escritores serbios de la actualidad y un eterno candidato al Premio Nobel. Nació en 1921, hizo la Segunda Guerra Mundial como comisario de una Brigada Partisana del Ejército de Tito, con el que rompió en 1968 por defender un sistema político multipartidista, pasando algunos años en la cárcel. Ha escrito 14 libros entre los que desatacan *El sol está lejos*, que es la historia de un intelectual serbio en la época de entreguerras y *Tiempo de muerte* en el que se narra la lucha de Serbia contra Austria-Hungría y Alemania durante la Primera Guerra Mundial. El 15 de junio de 1992 fue elegido por el Parlamento Federal de Serbia y Montenegro presidente de la actual República yugoeslava y el 31 de mayo de 1993 fue destituido por el mismo Parlamento a instancias de Milosevic. Cosic se había tomado en serio su cargo de jefe del nuevo Estado Federal y por ello Milosevic, presidente de Serbia, le apartó del poder.

El segundo padre del neonacionalismo serbio es el citado señor Milosevic. Hijo de un teólogo ortodoxo de nacionalidad montenegrina, que se suicidó cuando triunfó el comunismo en Yugoslavia, y de una comunista serbia

que también se suicidaría años más tarde, inició su carrera pública como protegido de Ivan Stambolic un político comunista serbio que era más serbio que comunista. Su primer cargo importante fue el de presidente de Beobanka, el Banco de Belgrado, siendo elegido en 1986 presidente de la Liga de los Comunistas de Serbia.

En mayo de 1989, el Parlamento serbio, que era todavía una asamblea comunista, le eligió presidente de Serbia. En noviembre de 1989, en las primeras elecciones democráticas de Serbia fue vuelto a elegir presidente de la República Serbia, pero esta vez por el voto popular. Dejó entonces la Liga de los Comunistas para fundar el Partido Socialista serbio que todavía dirige. Su esposa ha seguido siendo miembro del Partido Comunista.

El arraigo de Milosevic en Serbia y sus triunfos electorales innegables se deben a que fue el primer político que criticó en público la obra «antiserbia» de Tito y se aprestó a corregirla. En septiembre de 1990 consiguió que se promulgara una nueva Constitución para Serbia, (que aún seguía viviendo dentro de la Federación yugoeslava) y en esa Constitución se suprimió la autonomía de las provincias serbias de Voivodina y Kosovo, que pasaron a ser gobernadas otra vez directamente por Belgrado. Las elecciones legislativas serbias de diciembre de 1990 confirmaron esa Constitución y un periódico esloveno, comentando estas medidas, dijo que Milosevic era el primer político yugoeslavo que se había dado cuenta de que «Tito había muerto». Es decir, que la obra política de Tito se había agotado y que había que reorganizar la convivencia de los eslavos del Sur (serbios, croatas, musulmanes y eslovenos) sobre otras bases distintas a las «titistas».

La política de Milosevic, encaminada a reconstruir una «Gran Serbia», asustó a los eslovenos y a los croatas que, cansados también de la Federación, llevaban tiempo aspirando al autogobierno.

En 1990, los comunistas de Croacia y Eslovenia rompieron con la Liga de los comunistas yugoeslavos y modificaron sus Constituciones internas, en las que insertaron cláusulas según las cuales se autoconcedían permiso para dejar la Federación.

Al igual que en Serbia, el nacionalismo croata tuvo también su padre espiritual en un antiguo compañero de lucha de Tito. Franjo Tudjman, actual presidente de la República de Croacia, fue un combatiente de la Resistencia y llegó a ser general del Ejército yugoeslavo. Luego rompió con Tito y su libro *Derrota de la verdad histórica* es un manifiesto en favor de la crea-

ción de un Estado croata, heredero del efímero nacido a la vida en 1942 bajo patrocinio alemán e italiano.

Los musulmanes han tenido y tienen también su ideólogo particular en la persona de Alijia Izetbegovic que en el momento de la desintegración de Yugoeslavia era presidente —presidente comunista— de la República de Bosnia-Herzegovina, una de las seis que componían la Federación creada por Tito. Izetbegovic es el autor de una *Declaración islámica* publicada por primera vez en 1970 y reimprresa en 1990. La *Declaración* empieza diciendo que el objetivo es la «islamización de los musulmanes», afirmación que parece extraña para quien no conozca bien la historia de los eslavos del Sur.

En un principio, estos pueblos eslavos eran tres: los eslovenos, los croatas y los serbios, unidos después de la Primera Guerra Mundial por la monarquía de los Karageorgevic en un solo Estado de Yugoeslavia. Cuando Tito, después de la Segunda Guerra Mundial, recreó ese Estado yugoeslavo añadió a los tres pueblos antes citados un cuarto, los musulmanes, a los que llamó así para distinguirlos de los otros tres, pues no podía llamarles bosnios ya que en Bosnia, que nunca había sido un Estado, convivían casi en pie de igualdad con los serbios y con una importantísima minoría croata. En efecto, según los datos de 1991, en Bosnia-Herzegovina vivían a la hora de declararse independiente 1.900.000 musulmanes, 1.380.000 serbios y 760.000 croatas.

Al intentar dotarse a cada una de las ex repúblicas socialistas de la Yugoeslavia de Tito de una base ideológica propia, Izetbegovic eligió el islam como soporte espiritual de un Estado bosniaco que iba a ser controlado por una mayoría, no excesivamente mayoritaria, de musulmanes, que se llamaban así para distinguirse de serbios y de croatas.

La ideología en la que los eslovenos quisieron basar su independencia no hubo que inventarla. Eslovenia era, después de Montenegro, que ha sido siempre un apéndice de Serbia, la más pequeña de las repúblicas yugoeslavas con una población de 1.970.000 habitantes, de los que 1.720.000 son eslovenos. Su idioma es distinto del que hablan serbios, croatas, musulmanes, montenegrinos y macedonios, que viene a ser la misma lengua y que antes de la disgregación de Yugoeslavia se llamaba serbio-croata. Económica y culturalmente los eslovenos están muy próximos a Austria y después de su independencia se han desentendido del resto de los otros eslavos del Sur que, a su vez, han dejado en paz a los eslovenos, a los que siempre consideraron como gente extraña.

Por último, los albaneses de la provincia serbia de Kosovo, que son el 85% de los habitantes de esa provincia —1.800.000— celebraron, ya en septiembre de 1991, un referéndum no oficial y semi clandestino con el que crearon la «República albanesa de Kosovo» y eligieron a su «presidente», que se llama Ibrahim Rugova. Como Rugova es un acérreo partidario de la «no violencia» las autoridades de Belgrado no han encontrado todavía motivo para encarcelarle.

Preparadas ya en 1990, tanto económica como ideológicamente, las fuerzas políticas que aspiraban a heredar a los comunistas de Tito en el disfrute del poder, el año 1991 fue el del triunfo de esas fuerzas. Relatar los pasos que se dieron en el camino de la disgregación nos llevaría mucho tiempo.

Resaltemos sólo los acontecimientos principales. El 15 de mayo, fecha en la que, según la Constitución de 1974, tenía que asumir el poder por un año el representante de una de las seis repúblicas de la Federación,—la de Croacia—, no se produjo ya ese cambio en la Jefatura del Estado. Le tocaba ser presidente a un croata, Stipe Mesic, pero los serbios pidieron que no asumiera la Presidencia hasta junio. El 25 de este último mes, Eslovenia y Croacia se declararon independientes, desoyendo el consejo de Estados Unidos, cuyo secretario de Estado, el señor Baker, se trasladó a Belgrado en junio para pedir a los políticos yugoeslavos que hicieran todo lo posible para salvaguardar la Federación. En mayo, la Comunidad Europea había formulado la misma petición.

Esas declaraciones de independencia de Eslovenia y Croacia primero y de Bosnia-Herzegovina después, fueron las que desencadenaron las guerras civiles que desde 1991 están asolando el territorio de la antigua Yugoslavia.

Las guerras civiles yugoeslavas

LA GUERRA EN ESLOVENIA

Nada más declarar Eslovenia su independencia las fuerzas del Ejército Federal yugoeslavo de guarnición en esta República trataron de controlar las fronteras exteriores de la misma, es decir las fronteras de Eslovenia con Italia y Austria, impidiéndoselo la milicia eslovena, que ya llevaba tiempo preparándose para asumir el control del nuevo Estado independiente.

El 18 de julio de 1991, tras 10 días de combate, el Ejército Federal se rindió a los eslovenos y desde entonces estos últimos viven su vida desen-

tendidos del resto de los pueblos eslavos con los que convivieron bajo los Karageorgevic y durante la República Federal de Tito.

LA GUERRA CIVIL EN CROACIA

Se inició al mismo tiempo que la guerra en Eslovenia pero tuvo una mayor duración y fue mucho más sangrienta y complicada. En efecto, en Croacia no sólo lucharon las milicias croatas contra el Ejército Federal, que al principio se encerró en sus cuarteles, sino también contra las milicias que organizaron inmediatamente las minorías serbias asentadas, desde hace siglos, en territorios que quedaron situados dentro de las fronteras de la recién estrenada República de Croacia. La República de Croacia tal como se conformó en tiempos de Tito se ha convertido en un Estado independiente y soberano en 1991, tiene 56.000 kilómetros cuadrados y 4.760.000 habitantes. De ellos, 3.700.000 son croatas y 581.000 son serbios que han habitado en la región de Eslavonia, próxima a la propia Serbia y en la región de Krajna a medio camino entre Zagreb, capital de Croacia y el mar Adriático.

Estos serbios, al pasar a ser extranjeros en los lugares en los que siempre habían vivido, se sublevaron contra el Gobierno de Tudjman y crearon la «República serbia de Krajna» que se dotó enseguida de un Ejército propio.

Los esfuerzos del antiguo secretario de Estado norteamericano, Cyrus Vance, que la ONU nombró pacificador entre serbios y croatas, lograron poner fin provisionalmente a esa guerra civil. Tropas de las NU —UNPROFOR— se han interpuesto entre los combatientes a mediados de enero de 1992. Los serbios de Croacia controlan en este momento un 30% del territorio de la Croacia que formaba parte de la Federación yugoeslava.

LA GUERRA CIVIL EN BOSNIA-HERZEGOVINA

La guerra civil en Bosnia-Herzegovina estalló en 1992. El 1 de marzo de ese año el Gobierno de la República Socialista de Bosnia-Herzegovina, que teóricamente era parte todavía de una Federación yugoeslava que había dejado de existir, convocó un referéndum para decidir sobre su futuro.

Votaron sólo los musulmanes (que, como hemos dicho, son 1.900.000) y los croatas (que son 760.000) y el 90% de los que votaron se pronunció por la creación del Estado independiente y soberano de Bosnia-Herzegovina. Pero los serbios de Bosnia (que son 1.370.000 y que eran, como campesinos que son, propietarios del 64% del territorio) no votaron y el 27

de marzo crearon «La República serbia de Bosnia» eligiendo presidente de la misma al doctor Radovan Karadzic.

Puede decirse que, a partir de ese momento, Bosnia-Herzegovina vive en plena guerra civil. Una guerra que enfrenta a los serbios de Bosnia contra los musulmanes, que a su vez se han visto atacados por los croatas de Bosnia, que el 3 de julio de 1992 crearon, a su vez, la «República croata de Herceg-Bosna». En la primavera de 1994, Estados Unidos, como luego se verá, han logrado poner paz entre musulmanes y croatas.

EJÉRCITOS EN PRESENCIA

Al calor de los combates se han creado en el territorio de la ex Yugoeslavia los seis Ejércitos siguientes:

- El Ejército bosniaco (musulmán) con 60.000 hombres en activo y 140.000 en reserva.
- El Ejército de la «República serbia de Bosnia» con 80.000 y una pequeña Fuerza Aérea.
- El Ejército de la «República serbia de Krajna» con unos 50.000 hombres.
- El Ejército de Yugoeslavia (Serbia y Montenegro) con 136.000 hombres, unas reservas de 400.000, una Aviación y gran parte de la Marina de Guerra de la ex Yugoeslavia.
- El Ejército de la «República croata de Herceg-Bosna» con unos 50.000 hombres.
- Y, por último, el Ejército de Croacia que dispone de 103.000 hombres en filas, unos 180.000 en reserva, una Fuerza Aérea y una pequeñísima parte de la antigua Marina de Guerra yugoeslava.

Este despliegue militar explica por sí solo las dificultades que se le plantean a la intervención de Occidente en Yugoeslavia, intervención que se examinará a continuación.

La intervención de la Comunidad Internacional de Naciones en Yugoeslavia

Como hemos visto, las intervenciones de la URSS en los territorios del bloque soviético estuvieron encaminadas a restaurar el ordenamiento establecido por Potsdam para la parte Oriental de Europa cada vez que ese ordenamiento hizo crisis. En cambio, la intervención que inició la Comunidad Europea en Yugoeslavia, a la que se juntaron Estados Unidos y Rusia después, estuvo orientada, en un principio, a crear sobre los restos de la

antigua Yugoeslavia de Tito seis Estados nuevos, soberanos, independientes y democráticos, separados entre ellos por las fronteras administrativas de la antigua República Federal Yugoeslava, que pasaban a convertirse así en fronteras internacionales.

El objetivo que se perseguía no era en sí mismo malo. Si unos pueblos no quieren vivir juntos es muy difícil mantenerlos unidos a la fuerza. Pero una disgregación de Yugoeslavia en una serie de Estados independientes nuevos exigía, si esa disgregación iba a llevarse a cabo en función de criterios étnicos y de un modo pacífico, una previa delimitación de las zonas del país en las que una determinada etnia —un determinado pueblo de los que forman entre los eslavos del Sur— era clara y decididamente mayoritario, utilizando la zona así delimitada como fundamento territorial del nuevo Estado.

Ello implicaba descartar de antemano gran parte de las fronteras administrativas establecidas por Tito (quien las definió fue una comisión presidida por Milovan Djilñas) pues las mismas estaban trazadas en función de criterios políticos, diametralmente opuestos a los que se iban a seguir a partir del momento en que se aceptó la disolución de la República Socialista Federativa de Yugoeslavia. No se hizo así y la intervención occidental en Yugoeslavia se inspiró en unos supuestos contradictorios. Se buscó, en la práctica, deshacer la obra de Tito —dividiendo a Yugoeslavia en seis Estados— pero conservando las fronteras de Tito.

Se pretendió que esos Estados fueran democráticos —es decir multipartidistas, pluriculturales y pluriétnicos— y al mismo tiempo se aceptó que el principio de una etnia-un Estado inspirara la división de Yugoeslavia, cayendo así y para mayor inri en la trampa de empezar a considerar desde entonces que en la ex Yugoeslavia había etnias buenas y etnias malas.

Si se quería que los yugoeslavos —los eslavos del Sur— vivieran democráticamente en un Estado multicultural y pluripartidista no hubiera hecho falta destrozar a Yugoeslavia. Con convertirla en un Estado democrático, cosa que no fue bajo Tito, se hubiera arreglado el problema; que además no era el único. En efecto, en 1991, cuando Yugoeslavia se disolvió —y para citar sólo un ejemplo demostrativo del caos yugoeslavo— la Federación tenía una deuda exterior de 15.000.000.000 de dólares con bancos comerciales de Occidente, su economía estaba en bancarrota y sus reservas de divisas eran mínimas.

LA INTERVENCIÓN DE LA COMUNIDAD EUROPEA

A fines de junio de 1991 cuando la guerra civil entre serbios y croatas en el territorio de Croacia era ya un hecho, la Comunidad Europea pretendió que la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) pusiera término a los combates y encontrara una solución al problema yugoeslavo. La CSCE fracasó en su intento y a partir de julio de 1991 Alemania empezó a presionar para que la Comunidad Europea reconociera que la Yugoslavia de Tito se había acabado y que los herederos de la misma debían ser las seis repúblicas que la constituyeron.

Antes de dar ese paso sugerido por Alemania, la Comunidad trató de arreglar el entuerto y en septiembre de 1991 encargó a lord Carrington que formulara un plan de paz para Yugoeslavia. La Comunidad Europea nombró, al mismo tiempo, un Tribunal de Arbitraje presidido por Robert Badinter, presidente del Consejo Constitucional de Francia. Formaban parte de ese Tribunal cinco presidentes de otros tantos Tribunales Constitucionales europeos entre los que figuraba el presidente del Tribunal Constitucional de España.

Este Tribunal de Arbitraje fue facilitando a lord Carrington opiniones jurídicas (*Avis*) que permitieron a la Conferencia de Paz, que el citado lord Carrington presidía, formular un plan de paz que los serbios rechazaron.

Los Doce entonces acordaron castigar a Serbia y el 8 de noviembre de 1991 decretaron el establecimiento de sanciones económicas contra Belgrado que fueron apoyadas por Estados Unidos el día 9.

A partir de ese momento las cosas se precipitaron. El 5 de diciembre de 1991 Mesic dimitía como presidente de una República Federal que ya no existía más que en el papel y el 20 de diciembre hacía lo mismo ante Markovic, el primer ministro Federal, un croata que luchó hasta el último minuto por preservar la Federación.

El 23 de diciembre de 1991, Alemania, rompiendo la disciplina comunitaria, reconoció por sí sola la soberanía e independencia de Eslovenia y Croacia y el 12 de enero de 1992 El Vaticano hizo lo propio. El 15 de enero el resto de los Doce reconoció a su vez la independencia de ambos Estados. La intervención europea en Yugoeslavia, inspirada en el deseo de mantener la paz en esa parte de Europa, partía ya de la base de que Yugoeslavia había dejado de existir y que su herencia era recogida por las repúblicas que la componían en el pasado.

Paralelamente a estas medidas, las NU, que habían, como se ha dicho, encargado al antiguo secretario de Estado, señor Vance, que pusiera paz entre croatas y serbios, se unieron a la intervención en Yugoslavia iniciada por la Comunidad Europea.

LA INTERVENCIÓN DE LAS NU

Se inició con el nombramiento del señor Vance, que logró que croatas y serbios firmaran un armisticio a principios de enero de 1992. El Ejército Federal se retiró de los territorios de Croacia habitados predominantemente por serbios sublevados contra el Gobierno de Zagreb (Eslavonia Oriental y Occidental y la Krajna) y fue sustituido por tropas de las NU; las UNPROFOR (*United Nations Protection Forces*) que a la hora de redactar este ensayo siguen separando a serbios de croatas en el territorio de la República de Croacia.

Esta intervención de la ONU en Croacia se extendió a Bosnia-Herzegovina cuando estalló en este último territorio la tercera guerra civil, producida por la disgregación de la Federación yugoeslava.

Como se recordará, esa guerra civil estalló en marzo de 1992, después del referéndum convocado por el Gobierno de Sarajevo, al que siguió una declaración de independencia para Bosnia-Herzegovina querida por croatas y musulmanes bosnios y rechazada por los serbios de Bosnia. Estos últimos creaban el 27 de marzo su propia República Serbia de Bosnia. A pesar del rechazo serbio al Estado bosnio, a pesar de la resistencia de 1.300.000 serbios a la constitución de un Estado en el que ellos constituían casi la mitad de la población, la Comunidad Europea reconoció al nuevo Estado de Bosnia-Herzegovina el 6 de abril de 1992. Estados Unidos, arrastrado por Europa Occidental, reconocieron a Eslovenia, Croacia y Bosnia-Herzegovina el 7 de abril, pero tanto europeos como norteamericanos se negaron a reconocer a la Federación de Yugoslavia, a la nueva Federación de Yugoslavia que ya no es socialista, formada el 27 de abril de 1992 por Serbia y Montenegro.

La intervención de la ONU en Bosnia-Herzegovina, para tratar de humanizar primero y poner fin después a la contienda entre bosnios, no puede ser más intensa y perseverante. Hasta el momento en que se redacta este trabajo el Consejo de Seguridad de la ONU ha aprobado 49 resoluciones en las que queda conformada esa intervención. Fuerzas de la ONU prestan ayuda humanitaria y separan a los combatientes. Una serie de ciudades bosnias, entre ellas Sarajevo, se han convertido en zonas de seguridad

protegidas por las NU no pudiendo alterarse su *status*. El espacio aéreo de Bosnia-Herzegovina está controlado por las NU que han decretado un embargo a la venta de armas en el territorio del Estado y el 16 de noviembre de 1992 se estableció un bloqueo por tierra y mar a la nueva República Federal de Yugoeslavia, a la que se le ha negado un puesto en la Asamblea General de la ONU.

Paralelamente la ONU ha tratado de buscar una fórmula que hiciera viable, políticamente hablando, ese Estado de Bosnia-Herzegovina creado en marzo de 1992 y para ello encargó a lord Owen y a Cyrus Vance que la prepararan y que lograran que las Partes interesadas la aceptaran. Vance, dimitió y fue sustituido por el señor Stoltenberg, que había sido embajador de Noruega en Belgrado y años más tarde ministro de Asuntos Exteriores de su país.

Stoltenberg y lord Owen prepararon un plan según el cual el territorio de Bosnia-Herzegovina quedaba dividido en diez cantones que se autogobernarían; tres serbios, tres croatas, tres musulmanes y el de Sarajevo que sería mixto. Los bosnios musulmanes y los bosnios croatas lo aceptaron. No así los bosnios serbios cuyo Parlamento lo rechazó el 6 de mayo de 1993.

LA INTERVENCIÓN DE ESTADOS UNIDOS Y DE RUSIA. EL «GRUPO DE CONTACTO»

El fracaso del Plan Owen-Stoltenberg, que ha sido también un fracaso de la Comunidad Europea y, en cierta medida, de las NU ha desembocado en una intervención directa de Estados Unidos y de Rusia en el problema yugoeslavo, intervención que, como todas las que llevan a cabo las grandes potencias, empieza a tener tintes más pragmáticos y menos idealistas que las intervenciones que la precedieron.

¿Cómo y cuando intervino Rusia? Desde 1992, Rusia —al igual que Estados Unidos, pero en menor grado que estos últimos— venía interviniendo en Yugoeslavia a título de miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU, aprobando sistemáticamente las resoluciones que dicho Consejo adoptaba. Esta actitud complaciente de Rusia para con todo lo que la ONU y la Unión Europea decidían en relación con Yugoeslavia terminó bruscamente en febrero de 1994. Como se recordará, el 6 de febrero de 1994 una granada Serbia mató a 68 personas en el mercado de Sarajevo, lo que produjo una oleada de indignación en las opiniones públicas del mundo occidental. La OTAN, actuando como brazo secular de la ONU, exi-

gió a las fuerzas serbio-bosnias que cercaban a Sarajevo que retiraran su artillería pesada más allá de un círculo con radio en Sarajevo y 20 kilómetros de extensión, so pena de ser bombardeados. Moscú se opuso a este tipo de amenaza y la diplomacia rusa logró que se produjera esa retirada de la artillería pesada serbia inmediatamente y sin más problemas. A partir de ese momento, Occidente tuvo que contar con Rusia, con las opiniones de Rusia y con la ayuda de Rusia, para arreglar el problema de Yugoslavia y el 25 de abril de 1994 se creaba en Londres un «grupo de contacto» compuesto por Estados Unidos, Rusia, Gran Bretaña, Francia y Alemania que ha asumido la tarea de preparar y hacer que sea aceptada una fórmula política que haga viable la existencia del Estado de Bosnia-Herzegovina.

Esa fórmula del «grupo de contacto» fue elaborado por dicho «grupo» sin contar para nada con serbios, croatas y musulmanes. El «grupo» trabajó sobre mapas de Bosnia-Herzegovina que al parecer han sido trazados con arreglo a la más avanzada tecnología. De acuerdo con la fórmula antedicha los enclaves musulmanes estarían unidos entre sí por corredores, Sarajevo sería administrado directamente por la ONU y el 51% del territorio sería asignado a croatas y musulmanes y el 49% restante a los serbios de Bosnia.

Los croatas y los musulmanes han aceptado el plan. Alija Izetbegovic, jefe de los musulmanes y Kresimir Zubak, presidente de la «República croata de Herceg-Bosna», han obrado de mutuo acuerdo como corresponde a dos Gobiernos que han constituido en marzo de 1994 una Confederación lograda gracias a los buenos oficios de Estados Unidos.

Sin embargo los serbios de Bosnia rechazaron el citado plan en julio del presente año. Como ya poseen el 72% del territorio bosnio y eran además, como antes se ha dicho, propietarios del 64% de la tierra, se consideran perjudicados por la nueva fórmula del «grupo de contacto» y así lo han manifestado en un referéndum organizado por las autoridades de la «República serbia de Bosnia». Dichas autoridades han dicho que no se oponen al plan del mencionado «grupo de contacto» pero que sí se oponen a los mapas, que deben ser más elaborados y trabajados. En esta ocasión, los serbios de Serbia —es decir de la actual Federación yugoeslava— han mostrado su desacuerdo con sus camaradas de la «República serbia de Bosnia» y, por su cuenta, han establecido un bloqueo de la misma.

Estados Unidos irritadísimo con la actitud de los serbios de Bosnia amenazaron con levantar, el 15 de octubre de 1994, el embargo a la venta de armas en Bosnia-Herzegovina. Semanas antes de que Washington cumpliera su amenaza, los musulmanes de Bosnia, que llevaban meses clamando por el levantamiento de ese embargo, pidieron al presidente Clinton que lo mantuviera durante unos meses más.

Como se ha visto, la intervención de americanos y rusos para moldear el futuro político de la zona es ya clara y evidente. Los americanos en marzo de 1994 han logrado que los croatas y musulmanes de Bosnia se confederen, con lo cual ha cesado la guerra entre ellos (una de las guerras civiles yugoeslavas).

Los rusos, por su parte, están intentando que los croatas y los serbios de Krajna lleguen también a un acuerdo que de lograrse conduciría automáticamente a un acuerdo general entre el pueblo serbio y el pueblo croata. Hasta ahora los esfuerzos rusos no se han traducido en resultados visibles aunque ya ha habido una ronda de negociaciones entre la «República serbia de Krajna» y la de Croacia, negociaciones que se celebraron en la Embajada de Rusia en Zagreb.

El mapa político de facto de la Yugooslavia actual

La intervención de la Comunidad Internacional de Naciones en la Yugooslavia de Tito tenía por objeto, como antes se ha señalado, restablecer la paz en la zona a base de ayudar al nacimiento pacífico de seis repúblicas independientes con economías de libre mercado y regímenes democráticos, que vivieran en paz con ellas mismas —con las minorías de distinta raza y religión que habitaban dentro de sus fronteras— entre ellas mismas y con los Estados vecinos. Esas seis Repúblicas iban a ser Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Serbia, Montenegro y Macedonia.

Tres años después de iniciada esa intervención, en la antigua Yugooslavia han surgido los siguientes Estados:

- La República de Eslovenia cuyo presidente es Milán Kucan y cuyo jefe de Gobierno es Janez Drnovsek. Está reconocida por la Comunidad Internacional de Naciones y es miembro de las NU. Sus relaciones con Croacia e Italia no son buenas. Tiene 20.000 kilómetros cuadrados y 1.960.000 habitantes, de los que 1.700.000 son eslovenos.
- La República de Croacia cuyo presidente es Franjo Tuđman y cuyo primer ministro es Nikica Valentić. El ministro de Defensa, Gojko Šusak, es una personalidad muy importante que representa en el Estado de Croa-

cia a la numerosa emigración croata en el extranjero. Susak es un hombre de negocios croata que estaba afincado en Toronto durante la época de Tito. Croacia está reconocida por la Comunidad Internacional de Naciones y forma parte de las NU. Tiene 56.500 kilómetros cuadrados y 4.760.000 habitantes, de los que 3.708.274 son croatas y 581.000 son serbios. Estos últimos, ayudados en un principio por el Ejército Federal y después gracias a su propio Ejército, han creado dentro de Croacia y en el 30% del territorio de esta última, un Estado «serbio» que se está autogobernando *de facto*: el Estado de Krajna.

- La «República serbia de Krajna», constituida en el territorio croata de Krajna y en el también territorio croata de Eslavonia occidental, ocupa, como se ha señalado, el 30% del antiguo territorio croata. Su primer presidente fue Babic, alcalde de Knin, la capital de la Krajna. Su segundo y actual presidente, elegido en diciembre de 1993, es Milán Martic, un héroe de la guerra civil que se desarrolló en Croacia hasta que la UNPROFOR separó a los combatientes a principios de 1992. Esta «República» tiene un Parlamento de 84 escaños en el que el Partido Democrático de Babic (el primer presidente de esta República) tiene 32.

La «República serbia de Krajna», con cerca de 600.000 habitantes, no está reconocida por la Comunidad Internacional de Naciones pero Rusia, como miembro del «grupo de contacto», ha propiciado las negociaciones, hasta ahora infructuosas, que se han celebrado entre dicha «República» y la de Croacia. Estas negociaciones confieren un cierto *status jurídico* a la «República serbia de Krajna», que dispone de su propio Ejército.

- La República de Bosnia-Herzegovina, con su capital en Sarajevo, comprende en estos momentos tan sólo a los musulmanes de Bosnia. Su presidente es Alja Izetbegovic (cuya familia vive refugiada en Turquía). El primer ministro es Haris Sildjadzic (cuya familia vive refugiada en Pakistán). Esta República está reconocida por la Comunidad Internacional de Naciones y es miembro de las NU. No tiene todavía territorio claro y sus habitantes son 1.900.000.
- La «República croata de Herceg-Bosna»; engloba a los croatas de Bosnia-Herzegovina. La fundó un croata nacionalista radical, Mate Boban, que terminó peleándose con Tudjman y con el cardenal Kuharic, arzobispo de Zagreb y primado de Croacia. Boban fue el culpable de la guerra civil entre croatas y musulmanes, que se desarrolló paralelamente a la guerra civil entre serbios y musulmanes. Desplazado del poder hace unos meses y sustituido en la «Presidencia» de la «República» por Kre-

simir Zubak, más obediente a las autoridades de Zagreb, estas últimas han firmado con los musulmanes, presionadas ambas parte por Washington, una serie de acuerdos (de 1 y de 18 de marzo de 1994 entre otros) por los que se crea en Bosnia-Herzegovina una Confederación croata-musulmana que podrá en el futuro unirse políticamente a Croacia. Gracias a estos acuerdos, la guerra entre musulmanes y croatas ha terminado, por el momento.

- La «República de Herceg-Nova» no está reconocida por la Comunidad Internacional de Naciones ni es miembro de las NU. Su territorio está aún por definir y sus habitantes rondan los 800.000.
- La «República serbia de Bosnia-Herzegovina» controla el 72% del territorio de Bosnia-Herzegovina y agrupa a 1.400.000 serbios de Bosnia. Tiene un Parlamento, un Gobierno y un Ejército y su capital está en Pale, que es un suburbio de Sarajevo habitado por serbios. El «presidente» de la «República serbia de Bosnia» es Radovan Karadzic, más independiente frente a Belgrado que los croatas de Bosnia lo son frente a Zagreb. La «República» no está reconocida por la Comunidad Internacional de Naciones ni es miembro de las NU. Fuerzas de esta Organización estacionadas en Bosnia-Herzegovina tratan de mantener la paz, prestar ayuda humanitaria a las poblaciones civiles y hacer cumplir las numerosas resoluciones del Consejo de Seguridad. Un contingente militar español de unos 1.200 hombres forma parte de estas fuerzas.
- La República de Macedonia con 25.000 kilómetros cuadrados tiene 2.381.000 habitantes de los que 1.700.000 son macedonios, 430.000 son albaneses, 97.000 son turcos y 50.000 son eslavos musulmanes. Está reconocida por la Comunidad Internacional de Naciones a pesar de que Grecia la ha sometido a un bloqueo, pues quiere que las autoridades de Macedonia enmiendan su Constitución de forma que quede claro que no reivindican la Macedonia griega cuya capital es Salónica. Atenas quiere también que la nueva República de Macedonia no use símbolos que hagan pensar que desciende de la Macedonia de Filipo y de Alejandro Magno. El presidente de la República es Kiro Gligorov y el primer ministro Branko Crvenkoski. La minoría albanesa, que es muy numerosa, no se entiende con la mayoría macedonia. Estados Unidos mantiene un contingente de Infantería de Marina en Macedonia para preservar la paz.
- La República Federal Yugoeslava, la nueva República Federal, fue constituida por Serbia y Montenegro en abril de 1992 y no ha sido reconocida por las NU. Yugoeslavia tiene 88.300 kilómetros cuadrados y 9.791.000 habitantes de los que 6.500.000 son serbios y 1.960.000

albaneses. Estos últimos viven en la provincia de Kosovo «la Covadonga serbia» en la que son ya una aplastante mayoría y donde han creado la «República clandestina de los albaneses de Kosovo» con un presidente, el señor Ibrahim Rugova, a la cabeza. El señor Rugova fue elegido en un referéndum que las autoridades de Belgrado consideran ilegal. Kosovo tiene 2.000.000 habitantes.

Serbia tiene otra provincia, la Voivodina, donde hay 440.000 húngaros, pero los serbios siguen siendo en ella mayoría (1.400.000 serbios). Por último, al sur de Serbia se encuentra la región del Sanjak de Novi Bazar donde la población (unos 400.000 habitantes) es en su mayoría musulmana (230.000).

La otra República de la Federación yugoeslava es Montenegro con 13.000 kilómetros cuadrados y 600.000 habitantes de los que 380.000 son montenegrinos, que viene a ser lo mismo que ser serbios.

La Federación tiene un presidente federal, el señor Zoran Lilic, un Parlamento federal y un Gobierno federal. El gobernador del Banco Central, el señor Dragoslav Abramovic, que era un antiguo funcionario del Fondo Monetario Internacional, ha puesto en orden la economía y ha acabado con la hiperinflación.

El presidente de la República Serbia es el señor Slobodan Milosevic, presidente también del Partido Socialista, que en las últimas elecciones serbias de diciembre de 1993 ganó 123 escaños de los 250 que tiene el Parlamento serbio. Le sigue la oposición democrática de Draskovic con 45 escaños, los ultrarradicales de Seselj con 39 y el resto de los escaños se distribuye entre partidos menores. Para gobernar, el partido de Milosevic se ha aliado con uno de estos últimos: el Partido Democrático de Serbia. Debe señalarse que tanto los socialistas, como los radicales o como la propia oposición que Occidente empezó a apoyar y luego ha dejado caer, son extremadamente nacionalistas; nacionalistas serbios, como son naciona- listas croatas los partidos croatas, etc. Si lo fueran así en estos momentos no tendrían votantes. El jefe del Gobierno serbio es el señor Marko Marjanovic, del partido de Milosevic.

El presidente de Montenegro es el señor Momir Bulatovic y el jefe del Gobierno montenegrino es el señor Milo Djukanovic.

El Ejército yugoeslavo está controlado por el Gobierno Federal hasta el punto de que el ministerio de Defensa de Montenegro sólo cuenta con un funcionario.

Como puede verse, el resultado de una política que aspiraba a reorganizar el espacio político yugoeslavo en seis Estados independientes, multiétnicos, pluripartidistas y democráticos, se ha traducido, en la práctica, en el nacimiento de una república eslovena insolidaria con el resto y a mal con Italia; de dos repúblicas croatas, una de las cuales ha sido amputada de un tercio de su territorio y la otra ocupa suelo teóricamente ajeno; de una república musulmana que quiere islamizarse y que no encuentra aún su espacio geográfico propio; de cuatro repúblicas serbias —si contamos a Montenegro — y de una República Macedonia, difícil de identificar tanto étnica como culturalmente y a mal con Grecia. Sin olvidar, por último, a una República albanesa instalada en el corazón (Kosovo) de la Serbia histórica y manteniendo vínculos estrechos con Albania y con la minoría mayoritaria de albaneses de Macedonia.

Hacer desaparecer, desde fuera y a golpe de sanciones y de resoluciones, a una cualquiera de estas entidades va a ser muy difícil. Tratar de lograr que colaboren y convivan pacíficamente no va a ser tampoco tarea fácil. A la Comunidad Internacional de Naciones se le plantea ahora la elección entre una u otra política para que sirva de orientación a una intervención que va a durar aún muchos años.

Algunas reflexiones sobre la intervención en Yugoslavia

Al principio de este ensayo, —en el que hemos prescindido deliberadamente de todo examen y de todo juicio de valor sobre los comportamientos de los diferentes pueblos yugoeslavos— se señalaba que cuando se produce la intervención de uno o varios países en los asuntos de otro, antes de dar por aprobada dicha intervención habría que contestar a las tres preguntas siguientes: ¿por qué se debe intervenir?, ¿quiénes deben decidir la intervención? y ¿cómo debe realizarse esta última?

No cabe duda que en lo que a Yugoslavia se refiere, la intervención de la Comunidad de Naciones era inevitable. Es más, era obligada, pues de no haberse producido tendríamos ya entre las manos una guerra generalizada en los Balcanes. Si una intervención busca primordialmente el establecimiento de la paz y de la convivencia, la intervención de Occidente en Yugoslavia está perfectamente justificada.

Ahora bien, esa intervención occidental adolece de un error de origen: el de no haber basado en las realidades de la vida yugoeslava los cimientos sobre los que debería edificarse esa paz que se buscaba. En vez de tratar

de rehacer, sobre las realidades del país, el edificio político resquebrajado, se ha preferido crear en Yugoslavia un orden nuevo que sustituya al antiguo y eso ha complicado la intervención y ha retrasado el restablecimiento de la paz.

¿Cuáles son esas realidades yugoeslavas a las que se hace referencia? A lo largo de este ensayo las hemos ido desvelando poco a poco. Tal vez las más importantes son las humanas: el hecho de que, desde hace siglos, 8.500.000 serbios ortodoxos conviven más o menos entremezclados con 4.500.000 croatas católicos, con 2.500.000 musulmanes, con 2.000.000 de albaneses, que suelen ser también musulmanes pero que no son eslavos, con 1.700.000 eslovenos católicos, con 400.000 húngaros y con pequeñas minorías de rumanos, búlgaros, turcos, etc. Es evidente que es imposible crear un edificio político perdurable ignorando esta realidad o supeditando unos de esos pueblos a otros.

Si los mismos no han sabido convivir en armonía la culpa no es sólo de ellos. La culpa la ha tenido también, en gran medida, una Europa cuyos poderosos utilizaron a unos contra otros. En efecto, Viena utilizó a los serbios contra los turcos y a los croatas contra los serbios. Los aliados de 1914-1918 usaron a los serbios contra los austriacos y los alemanes. Estos últimos, durante la Segunda Guerra Mundial utilizaron a los croatas contra los musulmanes y los serbios y, por último, Tito quiso crear, por decreto, a los yugoeslavos.

¿Qué ha pretendido ahora Occidente? Separar, otra vez, a los eslavos del Sur, en función de las fronteras creadas artificialmente por Tito cuando construyó la República Federativa Socialista de Yugoslavia y el resultado no ha traído la paz que se buscaba con la intervención. ¿Por qué? Porque los que decidieron la intervención se equivocaron a la hora de orientarla.

Roland Dumas, el anterior ministro de Asuntos Exteriores de Francia, en unas declaraciones a *Le Figaro* de 22 de junio de 1992 dijo claramente que fue un error de Alemania (y de El Vaticano, que siguió a Alemania) apresurarse a reconocer, en diciembre de 1991 la independencia de Eslovenia y de Croacia sin haber estudiado antes, conjuntamente con el resto de los Doce y con Estados Unidos, las consecuencias de ese reconocimiento y sin haber previsto cuál iba a ser el futuro de los pueblos que convivían dentro de la antigua Yugoslavia.

El señor Delors, por las mismas fechas y en unas declaraciones hechas también a *Le Figaro*, venía a decir algo parecido cuando señalaba que,

según su criterio, no se debía haber reconocido la independencia de ninguna de las repúblicas de la Federación yugoeslava hasta que no se hubiera asegurado, por parte de la Comunidad Europea, la democratización del espacio político yugoeslavo y hasta que no se hubieran garantizado los derechos de los pueblos que convivían dentro de ese espacio.

Los acontecimientos que se han sucedido en Yugoeslavia desde diciembre de 1991 y estas dos opiniones de los señores Dumas y Delors aclaran sobradamente quiénes fueron los que decidieron la intervención occidental. Si esa intervención empezó, como realmente empezó, con el reconocimiento de la desintegración de Yugoeslavia, quien la decidió fue Alemania.

¿Cómo debe realizarse la intervención? Esa es la pregunta más fácil de contestar en este caso. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha creado, a golpe de resoluciones, una doctrina de la intervención en Yugoeslavia que evita, a la mayor parte de los gobiernos afectados por esa intervención o participando en la misma, el esfuerzo de tener que pensar por su cuenta un futuro adecuado para esa parte de Europa.

La intervención de Occidente en la ex Yugoeslavia es tan singular, es tan distinta a las que realizó la URSS en los países del Pacto de Varsovia, que suscita una serie de reflexiones y de lecciones, dos de las cuales vale la pena resumir a continuación.

En 1918 y con el patrocinio de los aliados, la dinastía de los Karageorgevic creó un Reino de los serbios, croatas y eslovenos, llamado más tarde Reino de Yugoeslavia, en el que los serbios querían mandar porque eran los más y eran los que más habían luchado por crear ese nuevo Estado.

Esos serbios y su rey Alejandro, olvidaron que los croatas, los eslovenos y más tarde los eslavos musulmanes, eran minorías tan mayoritarias que había que contar con ellas para gobernar a todo el país y no tan sólo para reconocerles unos derechos humanos fundamentales.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial el mariscal Tito quiso corregir los errores de los Karageorgevic y aportó al escenario yugoeslavo los suyos propios, trazando unas fronteras artificiales que parcelaban a Serbia para bajarla a la altura de los demás pueblos eslavos del Sur e imponiendo a todo el país un régimen marxista-leninista carente de flexibilidad e incapaz, sobre todo, de hacer surgir entre los yugoeslavos un diálogo a escala nacional, en el que todos ellos pudieran debatir libremente sobre su futuro como país.

Occidente, ahora, parece que puede perder la oportunidad histórica de ayudar a los eslavos del Sur a reordenar su Estado en forma democrática, eficaz y realista. Las seis repúblicas que Occidente quiere apadrinar, dentro de las fronteras que se quieren imponer, son tan artificiales como todo lo que se ha construido anteriormente, a no ser que se logre establecer un sistema de relación entre ellas, superior a ellas y dentro del que se sientan cómodas.

Si la reflexión anterior se ha hecho desde el punto de vista de un observador extranjero que trata de ser imparcial, la segunda reflexión que los acontecimientos yugoeslavos nos suscitan parece que debe ser formulada desde el punto de vista de un español, habida cuenta de que nuestro país está participando activamente en la intervención en Yugoslavia.

Esta última reflexión es secuela de la primera. Nuestro país ha sido arrasado a participar en una intervención que, sin culpa alguna nuestra, está inspirada en una política equivocada. Estamos, como otros países, paliando con nuestro esfuerzo las consecuencias de un error. No del error de intervenir, pues la intervención era obligada y España tenía que participar en la misma, sino del error que se cometió al fijar el fin último de la intervención en cuestión.

Nuestra actitud es perdonable y explicable. Las organizaciones internacionales (la Unión Europea, la OTAN, la ONU, etc..) no son algo distinto de los Estados que las integran y es comprensible que los Estados más poderosos pretendan dirigirlas y orientar sus actividades pero la Historia nos enseña que esos Estados mas poderosos no son *per se* los más sabios ni los más prudentes a la hora de encauzar la vida de la Comunidad Internacional de Naciones.

Por su proximidad geográfica a Yugoslavia, España tiene mucho más derecho que otros países de nuestro continente a opinar sobre lo que hay que hacer en el espacio político yugoslavo y a hacer oír esas opiniones dentro de los clubes internacionales, a los que pertenecemos y que se están ocupando del caso yugoslavo.

Este ensayo, al tratar de describir la realidad actual yugoslava con la mayor objetividad posible, pretende aportar un elemento de juicio más a aquellos que tienen que hacer oír esa opinión española en los foros internacionales cuando del futuro de Yugoslavia se trate.